

Delirios fugaces

Malena, tan esotérica, cubría sus tristezas con todas sus pasiones. Atravesaba todas las fronteras sin límite alguno. Y las vacaciones solo eran excusas para volar en plenitud.

Los momentos, como relámpagos destellaban y al instante desaparecían, como el fuego de la hoguera que al pasar el tiempo se transformaba en cenizas grises como su alma.

El optimismo de otras épocas se había escurrido y la paz, que era su fiel amiga, jugaba a esconderse como el sol al atardecer.

La imagen de su madre surgía en sus sueños, dándole esperanzas furtivas que decaían como lo hacen las olas al romper la orilla.

Tanta imposibilidad de gritarlo la enfurecía y le provocaba tanto cansancio en su mente y en su cuerpo que sólo deseaba escapar de sí misma.

Percibir su perfume una vez más, hubiera bastado para encontrar una calma distante y lejana que tímida como una flor surgiría desorientada en pleno invierno.

Pero la realidad inflexible no dejó de marcar su ritmo y tuvo que aceptar su situación como un hecho irreversible de su propia y vulnerable existencia.